La enseñanza de la religión

Al cumplirse, en este mes venturoso, la primer centuria de nuestra vida nacional, nótese un saludable afán en medir, pesar y avaluar lo que se ha hecho y lo que se ha preparado en este siglo inicial de nuestra historia, y resuena en el ambiente el himno del triunfo, triunfo ganado en buena lid contra adversidades y peligros tan graves y tan complejos como pocos amenazaron jamás la existencia de un Hércules naciente.

Si por algo, empero, podemos legítimamente regocijarnos y compararnos sin desventaja con los mayores pueblos de la tierra es, sin duda alguna, por la organización de nuestra instrucción pública, especialmente la primaria. Reconozcamos, sin embargo, que la tendencia primordial de los que buscaron y llevaron á cabo esa feliz organización, no ha sido la de desarrollar las originalidades ingénitas del espíritu argentino, sino más bien la de reproducir y asimilar, en los límites de lo posible, los métodos y los resultados alcanzados en los países conceptualizados más cercanos á la perfección en achaques de educación primaria. Si en esta renuncia á sí mismos y en la consiguiente reproducción de los demás, haya habido ó no acierto, no es aquí lugar para examinarlo. Para los fines que en este artículo me propongo, constataré un solo hecho generalmente observado: esa imitación excesivamente fiel de los métodos educativos de los pueblos más evolucionados, que debía, en el concepto de
sus fomentadores, producir á la larga una semejanza de carácter entre nuestro pueblo y los pueblos imitados, ha quedado en gran parte estéril. La imitación se ha hecho, y se ha hecho bien, á conciencia: pero el carácter no ha llegado aún. ¿Las causas? Son muchas y muy complejas. Yo trataré de estudiar una que me parece la principal y fundamental, y cuya atenuación, si es prematuro hablar de supresión, podría implicar un principio de éxito en la lucha contra las potencias negativas en que se hallan empeñados los esforzados creadores del carácter nacional argentino.

Como circunstancia para estudio semejante, ninguna más oportuna que ésta. Al celebrar este primer Centenario de vida libre, si es justo y acertado examinar lo que hemos heredado de los antepasados, es deberoso, á su vez, examinar aquello que legaremos á nuestros descendientes. En esta fecha gloriosa el pueblo argentino, como el Jano de la Roma antigua, debe tener dos miradas: una hacia el pasado, otra hacia el porvenir.

La causa, pues, que, en mi concepto, paralizó la eficacia de los métodos educativos importados, fué el haber substraído á dichos métodos aquello que constituía su alma y su fundamento, aquello que les daba vida y juventud, aquello que los había producido: la enseñanza religiosa. Hemosla estimado cosa baladí ó escabrosa, hemos vislumbrado en su fondo ó la hiedra de mil cabezas de las luchas de religión, y hemos estimado ser lo más propio y más fuerte dejarla prudentemente de lado mientras nos apropiábamos de lo demás. No vacilo en afirmar que en esto hubo error. Al trasplantar la planta exótica, nos hemos preocupado exclusivamente por el tallo vigoroso y por el ramaje cargado de ópimos frutos; y hemos desdeñado la raíz. Y he ahí que si el árbol no ha muerto, fué debido exclusivamente á la superexcelencia de la tierra: pero su vida es aun precaria y su producción no abundante. ¿Dónde está, pues, el mal? Repito: está en la raíz.

Nuestros métodos educativos los hemos buscado, casi exclusivamente, en los Estados Unidos y Canadá, en Alemania y en Inglaterra, es decir, en los países más honda
y sinceramente religiosos de la tierra, atribuyéndose aquí al calificativo "religioso" el sentido sano y genuino que entre nosotros le es casi totalmente desconocido. Pues bien; la religiosidad de los pueblos norteamericano, alemán e inglés, ha sido cabalmente la que les inspiró su concepto especial de los deberes y derechos del hombre como individuo y como miembro de una colectividad social, y de ese concepto fundamental fueron desenvolviéndose los respectivos métodos educativos. En seguida estos mismos métodos repercutieron sobre el alma nacional y, mediante uno de esos maravillosos círculos viciosos de que es rica la historia universal, orientaron la misma potencia psíquica que los originara hacia esos ideales de grandeza espiritual y política que forman el asombro y el orgullo de los tiempos modernos. Pero, insistamos en ello: la cuestión fundamental para esos grandes pueblos ha sido la cuestión de la educación religiosa.

En el cuidado que en ella pusieron, hallaron la fuente de su grandeza y de su actual predominio, al paso que en su descuido hallaron el principio de su menoscabo los pueblos meridionales. Es este un punto importantísimo, sobre el que debieran meditar no sólo los sociólogos, sino, y en manera muy especial, los dirigentes de la labor educativa de las naciones. Un estudio largo y constante de la historia de Europa, hecho principalmente sobre los documentos originarios, es decir, sobre los elementos más despojados de subjetivismo, me ha conducido a la convicción de que el desequilibrio que actualmente se nota entre las dos grandes familias de los pueblos europeos y, por ende, de los americanos, fué causada en gran parte por la diferencia de educación religiosa. Soy suficientemente partidario del materialismo histórico para ponderar en todo su alcance la influencia del factor económico en ese traspaso de las fuerzas activas de la civilización del Mediterráneo al Atlántico y al Báltico, especialmente a consecuencia del descubrimiento de América. Pero como soy adversario decidido de toda unilateralidad en el método histórico, no cierro los ojos ante la insuficiencia del factor económico para
explicar tan formidable fenómeno social. El factor "ra-
za", que fue el caballo de batalla de historiadores y filó-
sofos hasta estos últimos tiempos, por poco que se lo
examine resulta no tan sólo insuficiente como el ante-
rior, sino aun fútil. La rancia división de la familia
Europea en raza latina y raza germánica, ya ni siquiera
merece los honores de la discusión. No se necesitan
prodigios de perspicacia, ni es menester un conocimiento
extraordinario de las formaciones étnicas europeas para
ci, en la cuenta de que esa división á cordel es pura
fantasía. Desde luego, no hay tal raza latina, pues el
conglomerado humano que pudo á justo título llevar esa
denominación, hallábase ya casi totalmente extinguido
en tiempos del último Escipión. Y en cuanto á admitir
una raza germánica, según y conforme, como dice el
desaparecido, Porque si nos atenemos á los datos históricos,
dicha raza ha cubierto toda la Europa moderna y en
manera especial Italia, Francia y España. Cien años
ha, ¿los patriotas de la Independencia no tildaban á los
españoles de "gosos"? Y si de los datos históricos re-
montamos á los prehistóricos, á los datos de la paleontol-
pología, entonces el castillo de naipes levantado en base
á la lingüística y á la arqueología, viéñese abajo en un
soplo. Porque si las reducciones del mayor antropólogo
viviente, Giuseppe Sergi, son exactas, el indo-germanis-
mo tradicional ha concluido para siempre. Según las
observaciones crónicas de ese sabio, dos estirpes primiti-
tivas habrían poblado la Europa sobreponiéndose á los
aborígenes cuyo origen se pierde en la noche de los tiem-
pos cósmicos. Y esas dos estirpes serían la eurafricana
y la eurasica, de las que la primera habría ocupado todo
el litoral europeo, penínsulas e islas; mientras la segun-
da habría sentado sus reales en el centro del continente.
De ahí que griegos, italiotas, sicilianos, galos del sur y
del oeste, e iberos pertenecerían á la misma familia que
los bretones de Inglaterra, que los escandinavos y que
los pueblos del litoral del Báltico, entre los cuales se
cuentan los anglo-sajones, los germanísimos de los indo-
germanistas. En cambio, como dije ya, las poblaciones
centrales derivarían de la familia eurasica, unificándose
así en un conjunto inesperado las poblaciones eslavas y las alemanas. La antropología, sobre todo con Sergi, no forja hipótesis especulativas. Observa é induce basándose sobre los hechos comprobados y estudiados. Por lo tanto, ni la historia ni la prehistoria pueden ser invocadas en favor del "factor raza" para la explicación del desequilibrio en la actual civilización europeo-americana. Por lo demás, sin remontar tan lejos, ¿dónde estaba el carácter inglés cuando los banqueros lombardos (recuérdese la Lombard Street de Londres) y florentinos dirigían el movimiento económico de Inglaterra, cuando genoveses y venecianos les construían sus naves? ¿Dónde estaba la pujanza alemana cuando España ejercía la hegemonía europea y dominaba política y militarmente las poblaciones del territorio germánico? Más de repente, en un momento dado, las suertes se invierten. Ingleses y poblaciones germánicas suben al pináculo de su grandeza, al paso que españoles, italianos y, por la fuerza misma de las cosas, franceses también, descienden a lo más hondo de la ruina social. El descubrimiento de América, exclaman los exclusivistas del materialismo histórico. No, respondo, porque eso se produjo bastante más tarde; se produjo a raíz de la paz de Westfalia, es decir, a raíz del triunfo del espíritu protestante sobre el católico. Pues, entonces, la raza, porque el protestantismo es un producto genuino y característico de la raza germánica, añaden a su vez los de fácil gusto que se refocilan con el sobado argumento de cuya inconsistencia acabo de hablar. Tampoco, respondió yo, en primer lugar porque no hay tal raza germánica en el sentido tradicional, y luego porque la historia de Europa nos enseña con harta elo- cuencia que si ha habido jamás poblaciones de tendencia heterodoxas, esas fueron las del sur del Continente, donde estuvo latente la herejía desde los tiempos apostólicos, como lo prueban los Valdenses, y donde hubo necesidad de verdaderas cruzadas contra los reformados, como la llevada á cabo contra los Albigenses, mucho antes de que en el norte de Europa, entre las poblaciones de pretendida raza germánica, se soñara siquiera en una revolución religiosa. ¿Cuál es la causa, pues, que per-
manece en pie para explicación suficiente del desequilibrio europeo, que produjo á su vez el desequilibrio americano, y que se pronunció á raíz de la paz de Westfalia? Pues, el triunfo del espíritu protestante en el norte, y la persistencia del espíritu católico en el sur. Esta es la razón por la cual me ha parecido oportuno en mis trabajos substituir la denominación de pueblos germánicos y latinos, por la otra más exacta y más comprensiva de pueblos protestantes y católicos. Y si en todo esto no voy desacertado, no me parece temerario afirmar que toda la historia moderna y contemporánea es resultado de la educación religiosa. Ahora bien; una función social de la que deriva el carácter histórico de una época reclama, sin duda alguna, la atención preferente de los que dirigen los destinos de un pueblo; atqui la educación religiosa representa justamente esa función social, ergo á la educación religiosa es menester dedicar una atención y un cuidado particulares. El silogismo procede cerrado como en la Escolástica del siglo XIII.

Por lo demás, poco cuesta notar que lo que justamente constituye lo característico de los pueblos protestantes, y el germen del cual se desenvuelven todas sus excelentes cualidades, es aquello que deben á su educación religiosa. El hábito de tomar la vida por el lado serio, la susceptibilidad á todas las grandes aspiraciones individuales ó colectivas, esa serenidad, esa ecuanimidad en las circunstancias más azarosas que parecen brotar de un organismo físico-psíquico especial, no son más que resultados de la educación religiosa. Mackinley, que merece pronunciando el primer verso del himno religioso: “Más cerca, oh Dios, de tí”...; Bryan, que en nuestro ambiente escéptico no halla mejores argumentos para hablar en público que Dios y Fe, Cristo y cristianismo, Roosevelt que acaba de dar al mundo un ejemplo admirable de espíritu religioso en su conflicto con la cancillería vaticana, no son sino casos representativos de todo un ambiente nacional, de todo un sistema social. Gladstone, por su parte, no podía substraerse á la presencia del “invisible juez”, bajo cuya mirada se veía constantemente. Por contraposición, nuestra liviandad,
nuestra vacuidad, nuestra facilidad á la antipática carcajada, nuestra inflación científificista, se deben también á nuestra educación religiosa, cuando la hay, ó á su carencia, cuando no existe. A propósito de inflación científificista, se me ocurre una observación, que no me parece destituída de interés ni de importancia. Y es que un escritor, un sabio de los países del norte, se distingue netamente de un escritor ó sabio de los países del sur, por caracteres derivantes también de la educación religiosa. El primero es circunspecto, procede cautelosamente, respeta profundamente todas las creencias y todas las opiniones, jamás es agresivo ó burlador, evitando con gran cuidado las afirmaciones rotundas y las negaciones categóricas. El otro, en cambio, es categórico, dogmático, absoluto, inclinado á afirmar ó á negar ex cathedra como un pequeño Papa, muy fácil á considerar como rezagados, como primitivos, aquellos que aun se devanan para buscar una solución á los problemas más elevados del espíritu humano, pero que, por esa misma elevación, rebasan con mucho los cuadros de su chato materialismo, de su “positivismo” minúsculo. Y que esto se origine en la educación religiosa, pruébalo la circunstancia de que ese modo de raciocinio es usado por ambas partes únicamente al tratar temas atinentes al problema religioso; pues en lo demás, no será yo quien deje de reconocer la admirable habilidad científica de los sabios sud-europeos. Y es que los escritores del norte son educados por el protestantismo, el cual, aun en sus formas más estrechas, no deja nunca de ser investigación, discusión, libertad de examen, y de consiguiente, comprobación incesante de que en lo humano siempre hay error mientras los del sur no conocen la religión—positiva ó negativamente—sino bajo la pretensión de verdad absoluta, de dogma religioso que abre el camino al dogma científico, y de entonación hierática que induce fácilmente á pontificar, á sentenciar, ó á fulminar condenaciones ó anatemas.

Hácese, pues, sentir hondamente la falta de una adecuada educación religiosa en los pueblos sud-europeos y sudamericanos, en nuestro pueblo. He-
nos, pues, de nuevo á la necesidad de introducir en la instrucción, primaria y superior, de nuestra juventud la enseñanza de la religión. ¿Cómo podría impartirse dicha enseñanza?

Desde luego, hay que insistir en la necesidad de que abarque todos los cursos, desde los elementales á los universitarios. Eso es lo que se hace en Norte América, Inglaterra, Alemania, Holanda, Suecia, Noruega, Suiza y Dinamarca. En Francia hay una cátedra de teología protestante en la Universidad de París, y una cátedra de historia comparada y ciencia de las religiones en el Colegio de Francia, cátedra que fué ilustrada por Renan, y que, por fallecimiento del eminente Réville, es ocupada ahora por Loisy. En Italia, donde se nota un admirable florecimiento de todas las manifestaciones intelectuales, hanse instituido cátedras análogas á las del Colegio de Francia en las principales universidades de la península, siendo regenteadas por el mismo actual presidente del Consejo, hon. Luzzatti, y honrando las otras sabios de altísimo vuelo como Labanca, Mariano, De Gubernatis y otros. Pero aquí también hay una diferencia entre las naciones del sud y las del norte. En éstas la enseñanza universitaria de la religión no es sino la continuación y el complemento de la elemental; en las otras, en cambio, representa un trabajo aislado, por cuanto ha sido posible introducirla tan sólo en las instituciones de altos estudios, debido á que la influencia clerical contraria ha sido invencible en el ámbito de la escuela primaria. Circunstancia es esta que trae aparejado un inconveniente gravísimo. Y es que, mientras en los países protestantes la enseñanza superior de la religión no se produce en contradicción con la primaria, por más que al adquirir un carácter cada vez más científico despoja su contenido de todos los elementos ficticios puramente emocionales y subjetivos; en los católicos, al contrario, resulta fatalmente una demolición, una destrucción casi completa de los elementos recibidos en la infancia á base de piadosas mentiras, de absurdidades dogmáticas, ó de imposi-
ciones eclesiásticas. En esto estriba el motivo de la oposición tenaz é irreductible de los hombres de Iglesia á esa rama importantísima de la educación de nuestra juventud. Un estudio sereno y objetivo de los Evangelios y de los documentos primitivos del cristianismo, llevado á cabo en base á una investigación histórica minuciosa é inteligente, y guiado por una exégesis es-crupulosa, es, en verdad, el peligro más grande que amenaza el imponente edificio de la Iglesia. Es, por lo tanto, por instinto de conservación que ésta lo hos-tiliza á todo poder. Y bueno es saber que donde me-nos lo permite es en el Clero y en los Seminarios, donde todo se estudia menos el cristianismo. Las recientes publicaciones, empero, críticas é históricas, se desliza-raron en el Clero, donde inmediatamente produjeron el fermento del "modernismo". El "modernismo", en sí, es un compromiso ilógico. Pero es una revolución religiosa. Y las revoluciones religiosas tienen siempre proyecciones infinitas, porque repercuten en todos los pueblos y en todos los siglos.

Si se tratara, pues, algún día de introducir en la escuela argentina — primaria ó superior — la enseñanza de la religión, habría que predisponerse á superar la resistencia del Clero y de los elementos sociales que de él reciben inspiración. Esto mismo impondría la primera condición para que dicha enseñanza no saliera malograda, y pudiese dar todos los frutos que de ella sería legítimo esperar. Esta condición referiríase á su carácter, el cual debiera ser estricta y esencialmen-te laico. Para eso el profesor sería un laico, desvin-culado de todo compromiso confesional, lo cual evita-ría que una cátedra de enseñanza se convirtiera en púlpito de proselitismo. El programa se trazaría den-tro de los principios generales de la historia comparada de las religiones, para luego especializarse en la histo-ria del cristianismo. Los orígenes de este magnífico fenó-meno social-histórico—fuente inagotable de investiga-ción y de descubrimientos—debieran formar capítulo aparte. Aquí podría iniciarse á los jóvenes alumnos en el estudio de la formación de la literatura bíblica,
sazonándolo con la lectura comentada de los principa-
les trozos de los Evangelios y de las Epístolas, en-
trando con firmeza, aunque con mucha discreción, en
la espinosa cuestión de la autenticidad de los diversos
documentos y de las partes que los componen. Un
estudio de la vida de Jesús inflamaría de entusiasmo
las jóvenes almas, y logrando inspirarles gusto para
las obras de Strauss, Renan, Réville y Labanca, po-
dríase encaminar á los más aptos para estudios ulte-
riores y superiores. Luego, como excelente tópico de
instrucción, la titánica actuación de Pablo en el mundo
heleno-romano, y sus luchas con la Iglesia apostólica
de Jerusalén. Con esta amplia y sólida base ya se
podría gradualmente pasar en los cursos superiores
á la historia de la Iglesia, en sus primeras fases de
presbiterato, episcopado y papado, para después pa-
sar al estudio muy complicado y muy difícil de la Re-
forma, coronando todo el curso una revista amplia y
escrupulosa del estado actual de la ciencia del cris-
tianismo, que como tal se halla desprendido de la cien-
cia de las religiones.

En lo que se refiere al provecho que nuestra juventud
podría sacar de semejantes estudios, con lo que
dije al principio, parécese suficientemente probado el
provecho social. Pero ¿no tendrían también su utilida-
dad individual, en el sentido ético y religioso? Sí, la
tendrían é inmensa. Desde luego, en lugar de ser destruc-
tivos, demoledores, anticristianos, irreligiosos, co-
mo pretenderían hacerlo creer aquellos que tienen todo
su interés en mantener al pueblo en la ignorancia, esos
estudios son eminentemente constructivos y religiosos
en sentido emocional, aunque no en el mórvido predicado
del Pueblo. Y además nuestros jóvenes aprenderían esta gran verdad, base y alma de la educación
del norte: que en el fondo de toda religión, y en ma-
nera especial de la cristiana, hay algo que no es im-
postura ni engaño sacerdotal, hay algo que no es el
dogma de la Iglesia, ni las intemperancias del clerica-
ismo. Y que ese algo responde justamente á las nece-
sidades metafísicas del espíritu humano, necesidades
que se hacen más sensibles y más indeclinables á medida que el hombre asciende en la escala de la espiritualidad y de la inteligencia. Entonces el concepto que nuestra juventud se formaría de la religión dejaría de ser una negación disolvente y desconsoladora para trocase en una afirmación de vida y de bravura, y su repercusión en las almas, en lugar de ser un instrumento de tiranía, trocaríase en impulsión irresistible hacia los más elevados ideales de libertad religiosa, política y social.

Clemente Ricci.